

La Generación del 98 en la pintura

Carmen Rocamora

Arbor CLX, 630 (Junio 1998), 269-277 pp.

Recogemos en este artículo la visión de unos hombres, que comenzaron a destacar casi a la vez a lo largo del dramático año de 1898, con la pérdida de Filipinas y Cuba. Vieron la catástrofe sin poder hacer nada por evitarla, y, por orgullo y despecho, espolearon su genio, volviendo la vista atrás, hacia la vieja España, identificándose con los poetas arcaicos, la picaresca y la «interioridad mística», lanzándose por todos los caminos para describir cosas nuevas de su pueblo, de sus gentes y de su tierra dolorida.

La Generación del 98, la constituyeron un grupo de escritores que quisieron juzgar al mundo con un criterio propio, original y único.

Su preocupación fue la decadencia histórica de España y su deseo, la renovación de la realidad del momento, junto con la búsqueda de la esencia de lo español, a través de la Literatura.

La característica esencial de estos intelectuales fue la sencillez en el estilo y su criterio básico, el individualismo, unido a una cierta arrogancia intelectual.

Azorín, Unamuno, Pío Baroja, Menéndez Pidal, Valle Inclán, y Antonio Machado, con Ganivet como precursor, constituyeron un grupo de literatos que fueron: críticos sin acritud, tolerantes siempre, novelistas, narradores incomparables, ensayistas, que saltaban de la frase

popular al ingenio mas asombroso. Pero además, poetas. Poetas de los senderos de la vida, en su caminar, lento e implacable hacia el camino de la muerte.

La literatura, el arte y también la ciencia, en muchos sentidos no surgieron en el 98 como una respuesta a una España decaída, a una España triste, a una España famélica, surgieron del descontento contra la hipocresía, que pretendía ocultarlo todo, bajo el caciquismo, el clericalismo y la opresión.

La España famélica venía de tiempo atrás, de la insatisfacción que ya habían conocido Galdós o Clarín. Siguiendo esa huella, los nuevos escritores «inventaron» España.

Por eso, en el Ateneo de Madrid, tres literatos, prototipos de esta generación, Unamuno, Valle Inclán y Baroja, dictaron lecciones magistrales a contertulios jóvenes, que, ensimismados escribían notas de cuanto oían. Uno de ellos Francisco Pina, describió con nostalgia, años después, en el exilio, los apuntes que había tomado de aquellas lecciones, en su libro: «El Valle Inclán que yo conocí».

Ahora bien, el hecho de que el fenómeno del 98, se produjera en el ámbito de la historia, la política o la literatura, no implica que se desarrollase, forzosamente, en el mundo del Arte. Es cierto que hubo una serie de pintores que, fieles a la tradición y al academicismo, reflejaron la sociedad de su tiempo, siendo los historiadores más auténticos de su época, los testigos vivientes de una sociedad, los representantes de la vida cotidiana....

Pero no hubo cohesión entre ellos, no crearon una vanguardia radical como una derivación de los condicionantes ideológicos, surgidos a raíz del 98.

Vamos a enumerar a estos artistas, dando una pequeña pincelada de cada uno de ellos, para situarlos en su movimiento artístico y en su peripecia vital, para detenernos posteriormente en los tres, que consideramos más atrayentes y más cercanos a los escritores del 98.

Para buscar una manera de ordenar didácticamente este conjunto de artistas, hemos considerado la opción de dividirlos en dos grandes grupos. El que representa a la llamada «España blanca» y, el que refleja la «España negra».

Entre los primeros, citaremos a Aureliano de Beruete; a los hermanos Zubiaurre, Iturrino, Rusiñol Nonnell Ramón Pichot, Sorolla y Ricardo Baroja. Y, como representantes de «La España negra», consideraremos a Julio Romero de Torres, a Zuloaga y a Solana de los que, en un esfuerzo de imaginación trataremos de establecer un cierto paralelismo

con Unamuno y sobretodo con Valle Inclán, nombrando uno o varios cuadros de cada pintor, describiendo los rasgos y caracteres particulares que los diferencian para que el lector se haga una idea de las tendencias y características individuales de cada artista.

Empezaremos con *Aureliano de Beruete*, pintor, historiador, crítico y coleccionista, quien viajó a París, entrando en contacto con la Escuela de Barbizon, (clave del Pre- Impresionismo francés), ilustrando a su vuelta a España, «Los Episodios Nacionales» de Pérez Galdós.

El cuadro titulado «A ORILLAS DEL MANZANARES», puede verse hoy, en Madrid, en la magnífica Exposición sobre el 98, situada en el Centro Colón.

En segundo lugar, los *hermanos Ramón y Valentin de Zubiaurre*, sordomudos de nacimiento, que, gracias al impulso de su padre, maestro organista de la Capilla Real aprendieron a entender, mediante el lenguaje de la mirada, el castellano y el francés. Ramón, ilustró la novela de Pío Baroja «Las inquietudes de Shanti Andía», y, Valentin, recibió la Medalla de 1.ª clase en la Nacional de Bellas Artes de 1917. Ambos pasaron, largas temporadas en Segovia en casa del Conde de Cheste, sordomudo también, quien ejerció de amigo y mecenas de ambos pintores.

De Ramón es la obra titulada «AUTORIDADES DE MI ALDEA» y de Valentin, la llamada «ONDÁRROA» y realizada en 1907.

Otro integrante del grupo, es *Iturrino*, que nació en Santander, pero pronto se trasladó a París donde entró en contacto con Matisse, creador del Fauvismo, con quien mantuvo una enorme amistad a lo largo de toda la vida. A su vuelta a Madrid, conoció a Unamuno y formó parte de la famosa tertulia del Café de Pombo, de Ramón Gómez de la Sema, al igual que Solana, al que me referiré después.

El cuadro titulado «LA MUJER DE ITURRINO» es una figura típica de la época, por su postura frontal, su porte y el atuendo de moda del momento.

También a este grupo pertenece *Ricardo Baroja*, hermano del escritor Pío Baroja, que se dedicó fundamentalmente al grabado, ilustrando muchos libros de su hermano, llegando a fundar la Revista «Arte Joven», junto con Picasso en 1903.

La maravillosa tela titulada «LA RED» es de estilo totalmente impresionista. Se considera abocetado, es decir, como si le faltaran algunas pinceladas más, para su perfeccionamiento. Sin embargo, está lleno de belleza en cuanto al color y la distribución de los personajes dentro del lienzo.

En Barcelona habían nacido *Santiago Rusiñol*, *Ramón Pichot* y *Joaquín Mir*. Todos ellos frecuentaban «Els Quatre Gats» junto con Casas y Utrillo, constituyendo el llamado «Grupo de Rusiñol». Allí, los asistentes, se comunicaban sus descubrimientos, hablaban de política, literatura y arte, al igual que alguno de ellos, había visto hacer a los Impresionistas en el Moulin de la Galette de París, en el Taller de Gleyre o en la Academia Julien.

Uno de los cuadros de Rusiñol se titula «GERONA» y constituye una auténtica maravilla, en cuanto a la armonía del cromatismo, el dibujo y los planos, mediante los que consigue el volumen y la profundidad.

Otro es de Pichot y se titula «LA OFRENDA», típico de la época, por el carácter intrínsecamente religioso del momento.

El tercero es de Joaquín Mir y se titula «EL ÁRBOL GRANDE»

Isidro Nonnell, fue otro catalán, que, no consiguiendo triunfar en su patria, marchó a París, en el momento en el que el Impresionismo, estaba en su máxima eclosión.

Colgó sus cuadros, a finales del 98, en la Primera Exposición de Pintores Impresionistas y Simbolistas, y, poco tiempo después, en 1901, obtuvo un pequeño rincón en la Galería Vollard para exhibir parte de su obra.

Pero hay algo más. Durant-Ruel, el gran merchant que impulsó al movimiento Impresionista, le compró algunos dibujos...

Nonnell había triunfado en París, y, con esta ilusión vuelve a Barcelona. Allí en la Sala Parés, lleva a cabo una exposición que no logró la aceptación del público.

Se ha dicho de él, que fue el artista catalán que ha tenido «más éxitos negativos»...

Las mujeres de Nonnell tienen el humanitarismo de Gauguin, Van Gogh o Lautrec. Son oscuras mujeres, modeladas por la luz, que envueltas en harapos, simbolizan su oscuro drama vital inermes, espectadores, «dominadas por sueños milenarios»...

Como en el caso de la obra de arte llamada «LA GITANA», donde se encuentra todo lo que acabo de describir.

El paso del tiempo, como suele acontecer entre tantos pintores, ha engrandecido la figura del ilustre catalán. Después de su muerte, se han llevado a cabo numerosas exposiciones de su obra, alcanzando la máxima cotización... Y, hoy, hay quien llega a ver, un trágico expresionismo, dentro de estas criaturas, cargadas de realismo y emoción.

Y así llegamos a *Sorolla*, valenciano de origen, que ha sido el que ha gozado de la fama más amplia y perdurable de todos. Quienes

crean que el triunfo de Sorolla fue local, olvidan que sus éxitos se consagraron en París, Roma, Munich, Venecia, Londres, Chicago y Nueva York. Fue el gran pintor de la «España blanca», por la dulzura de sus paisajes, el cromatismo elocuente y la belleza de sus mujeres.

Pintó tal cantidad de cuadros que se le llamó el «Lope de la Pintura» y fue quien sacó los lienzos para airearlos en las playas, bajo la luz cegadora del sol, llegando a ser considerado como el primer Impresionista español. Su obra más importante la llevó a cabo en la Spanish Society de Nueva York. Allí, pintó un friso de tres metros y medio de alto por setenta de largo, dividido en catorce paneles con escenas representativas de la vida española. Ganó numerosas medallas en Roma, Munich, Madrid y finalmente las autoridades francesas le distinguieron nombrándole nada menos que Caballero de la Legión de Honor... nuestro valenciano insigne, «españolizó» iluminísticamente, el Impresionismo.

Existe un cuadro poco conocido del pintor, titulado «LA MUCHACHA DEL PEZ», en el que puede verse la belleza de la mujer, el perfeccionamiento de la elaboración y el tratamiento en la eclosión de la luz que rebosa en él produciendo esa sensación estética tan frecuente en la obra de Sorolla.

También tenemos a «MARÍA VESTIDA DE VALENCIANA» de tendencia puramente impresionista, por el juego de luces y sombras y por la pincelada nerviosa y efímera que aparece detrás de la muchacha.

Y, antes de adentrarnos en los tres pintores más significativos, mencionaremos a *Darío de Regoyos*, quien, junto con el escultor Rodin y el Puntillista Signac, fundaron la revista «L'Art Moderne», que expresaba, por primera vez las ideas inconformistas y anti-academicistas de sus colaboradores, cuestión que, posteriormente, proliferó a lo largo del S. XX.

En «EL MERCADO DEL PAÍS VASCO» pueden verse esas pinceladas sueltas, donde la pintura parece inacabada, sin delimitaciones, más cercana al Impresionismo francés que cualquiera de las obras de los pintores que estamos describiendo.

Finalmente voy a hablar de tres artistas de «la España negra», que, a mi modo de ver, representan esta sociedad de fin de siglo, entroncando con algunos escritores de la Generación del 98, por sus planteamientos filosóficos y la «radiografía del alma ibérica» que hondea en sus lienzos. Son: Julio Romero de Torres, Zuloaga y Solana. El orden de su enumeración está basado en el grado de tremendismo,

que va de menor a mayor, a medida que avanzamos en la descripción de cada uno de ellos.

Julio Romero de Torres

Tuvo tres mitos que rigieron desde el primer momento su existencia: la Copla, la Mujer y la Muerte. Su obra se encuadra en el estilo academicista de la época, y su vida, hay que dividirla en tres etapas. La primera, encasillado dentro de su condición regionalista cordobesa, nos presenta la España de la pandereta, de Machaquito, de Belmonte y de la mujer morena. De este momento son «LA PEREZA ANDALUZA», y «LA CHIQUITA PICONERA».

En la segunda etapa, su horizonte pictórico se inclina hacia el arte catalán, entrando a formar parte del grupo «AZAFRA», con Joaquín Mir, Rusiñol Canals etc... Es su época modernista, en la que pinta a las mujeres de su familia, colocándolas como en un ambiente teatral. Como en el magnífico cuadro, titulado «LA AMIGA».

Conoce entonces a Zuloaga, a Baroja, a Darío de Regoyos e Iturrino y su participación en las tertulias literarias y cultas madrileñas cambiarán su estilo de vida.

Su tercera etapa está caracterizada por su relación con los intelectuales de la época. Conoce a Valle Inclán y a los hermanos Machado, y, apoyándose en el círculo «Els Quatre Gats», (en el que recordemos, se encontraban Rusiñol, Utrillo, Regoyos y Casas), entró a formar parte del grupo belga «Les Vingts», del que era miembro el escultor Rodin.

Romero de Torres, pintó su visión exaltada y contradictoria, de hondas raíces hispánicas, trágica y bella a la vez, en la que la tragedia del flamenco, los celos, las gitanas, el arrepentimiento, el pecado y la muerte han formado eternamente el entresijo trágico y apocalíptico de nuestra raza.

Su línea de entronque con la Generación del 98, pasa por su tragedia de la razón y su meditación del desencanto, reflejando la España Unamuniana, dramática, dura y amarga que perdurará, ya para siempre, en sus telas.

¡Qué mejor ejemplo de lo que acabo de decir, que el cuadro titulado «PERO MIRA QUÉ BONITA ERA»!, en el que la muerte y la desolación son los protagonistas centrales!... A pesar de la dureza del tema, la belleza de la forma, rebosa los límites de esta tela. Véanse esos blancos, espumosos que surgen inesperadamente, para dulcificar el dolor aterrador del momento que viven sus protagonistas.

Zuloaga

Decía Ortega: «En la edad del Impresionismo, Zuloaga pinta. En la edad del colorismo, Zuloaga dibuja, en la edad del realismo, Zuloaga inventa sus cuadros...».

Fue escándalo para unos y bandera para otros. Padebió la incompreensión de sus contemporáneos que no toleraron aquella España machadiana («que envuelta en sus harapos desprecia lo que ignora»).

Por sus cuadros cruzaba, en frase de Ortega «un viento aterrador y bárbaro», que no era, sino el vendaval de la inspiración que traspasaba la realidad, descubriéndola en su vertiente más desnuda e implacable.

Zuloaga es el pintor del 98. Trató de re-interpretar a España con una nueva visión de los tipos y del paisaje.

Luego, descubrió París. Allí conoció a Monet y a Degas, pero no quiso pintar como ellos.

A Vázquez Díaz le dijo un día: «No pinte Vd. así. Así pintan todos en París. Azules y verdes. Eso es Impresionismo. El sol, la luz no son para ser pintados. El sol es, para tomarlo mientras se pasea...».

Pero no faltó la temporada taurina al artista. Era la época de Sevilla. El joven vasco, aparecerá en los carteles como: Ignacio Zuloaga, «El pintor».

Su aventura queda reflejada en la tela titulada «ZULOAGA VESTIDO DE TORERO». Es un cuadro poco conocido, muy gracioso, de una época muy concreta y muy corta de su vida.

Y, tras la conquista de la gloria en América, Zuloaga vuelve a Madrid. Al «Taller de las Vistillas». Allí se congregan escritores, gitanas, toreros, bailarinas y duquesas, ... y, en verano, Zumaya, donde se alza ya, Santiago Echea, la villa-museo del maestro. De esta momento son tres paisajes monumentales: el primero «EL PUERTO DE UJUÉ», el segundo «EL DE PANCORBO» y el tercero «EL DE ALQUEZAR». Auténticas maravillas, ya que a mi modo de ver, fue el mejor paisajista de esta generación.

Zuloaga es un espectador sagaz de la vida. Pelea contra los molinos de viento del conservadurismo y el academicismo. Su lema es, la osadía y el atrevimiento. Su color, el negro, cromatismo proscrito por los Impresionistas. A él no le va, aquel aire efímero, fugaz y cambiante que había en la luz de los pintores franceses.

Zuloaga es el auténtico pintor de la España dramática, dura, y amarga, que a través de los escritores de La Generación del 98, ya ha tomado conciencia de sí misma, y nadie como él, supo reflejarla en sus lienzos.

Solana

Y para terminar hablaremos de Solana, que en palabras de Rof Carballo, tuvo tres hadas madrinas: la Locura, la Muerte, y la Dama del Carnaval. La idea está recogida en el cuadro titulado precisamente «EL CARRO DE LA MUERTE EN CARNAVAL». Sólo él, comprendió el oscuro trasfondo de lo humano. Se sumergió en la vida, como el que se arroja a un torbellino de aguas turbias, pero su biografía nos descubre, no sólo las claves de su pintura, sino la amargura del escritor incomprendido, de ese hombre de letras que él quiso ser, y al que nadie leyó.

Solana se volvió, un poco, el espectro de sí mismo. Paseaba como un ser perdido por el Rastro de Madrid. Fue una máscara más, zarrandeada por el azar en el alucinante carnaval de la vida. Una máscara que tuvo siempre la obsesión de la muerte... Lo tenemos en el cuadro titulado «BAILE DE MÁSCARAS».

La vida y la obra de Solana, significan una rebeldía frente al Arte y la sociedad de su tiempo. Cuando pinta, o cuando escribe, lo hace de un modo desacorde con la estética hispana. Por ello, hay quien le atribuye un desvarío psicológico...

Yo, discrepo radicalmente de esta afirmación.

En sus rarezas hay siempre algo de desenfado infantil, de optimismo vital, que escandaliza al aburguesamiento de una sociedad, cargada de prejuicios, miedos y cautelas.

Solana lleva su visión delirante de la realidad a su propia conducta. Es un atrabiliario, pero no un loco. Se salta a la torera las normas de los demás. En este sentido, los Esperpentos Valle-Inclanescos, están presentes en su obra con un paralelismo incuestionable. Otro ejemplo de esto es la «CORRIDA DE TOROS EN SEPÚLVEDA».

Su visión solanesca de España, no es tremendista, ni mísera, ni negra. Es... Misericordiosa.

Sus ojos están llenos de romances de ciego y de habaneras melancólicas que llenan el aire de Madrid, trágico rompeolas de la pobreza, el desamparo y la desolación hispánica. Su obra, dice Marañón es el espejo de un estilo de vida atroz y desolada.

He aquí la historia de unos pintores contemporáneos de una generación, brillante en lo literario, angustiada en lo político y ambigua en el plano artístico.

El 98 fue el gran detonante del rompimiento que se produjo en el Arte en los albores del s. XX., el pistón que prendió la pólvora en una juventud que vivió el espíritu agónico y crítico del 98.

Fue el CANTO DEL CISNE de una pintura que iba a evolucionar radicalmente, primero en la Generación del 27, con la llamada «Escuela de París», y, más adelante, con la Generación de los años 50, con el Grupo «El Paso» en Madrid y el Grupo «Dau al Set» en Barcelona.

El cambio que había de venir, sería, para marcar el final del individualismo y del academicismo y lanzar vigorosamente una FLECHA hacia el futuro, con las banderas del ímpetu, la ilusión y la creatividad, desplegadas al viento, como imagen de una España enardecida y libre.

Bibliografía

- BERENGER PALAU, Lorenzo: «Artistas valencianos contemporáneos». Ediciones Archival. Regiduría de Cultura. (junio 1995).
- ROCAMORA, Pedro: «De Góngora a Unamuno». C.S.I.C. (1965).
- ROCAMORA, Pedro: «Hombres e ideas del 98». C.S.I.C. (1980).
- «Ignacio Zuloaga». Museo de Bellas Artes de Bilbao. Gobierno vasco. Departamento de Cultura.(1991).
- «Julio Romero de Torres desde la plaza del potro». Junta de Andalucía.,Conserjería de Cultura y Medio Ambiente. Sociedad ELECTRA. España S.A. (1994).
- RODRÍGUEZ ALCALDE, Leopoldo: «Los Maestros del Impresionismo Español». Ibérico Europea de Ediciones S.A.
- «Paisaje y figura del 98». Fundación Central Hispano. Madrid 1997.
- «Pintura Española del área industrial 1800-1900». Fundación Arte y Tecnología. Telefónica. (1998).
- «Sorolla- Zorn». Museo Sorolla. Ministerio de Cultura. Dirección de Bellas Artes y Archivos. (1992).